

HISTORIA

DE LA

CASA COLONIAL

Por Guillermo Hernández de Alba
Miembro de la Junta Asesora
del Museo de Arte Colonial.

NO guarda esta casa memorias novelescas; no presencié su sobrio claustro lides distintas a las de la inteligencia, pues erigida fue para aulas de una célebre universidad colonial, regida por varones doctísimos y donde se formaron generaciones que ornamentan la historia de la cultura nacional.

Su equilibrada arquitectura, el ámbito del «patio de las Aulas», la serenidad monástica del claustro levantado sobre columnas monolíticas arrancadas de nuestras canteras, para soportar los armoniosos arcos de medio punto, ofrecen al visitante la idea perfecta de la vida colonial, sincera, honrada, pobremente decorosa donde cada elemento arquitectónico tiene expresiones útiles, humanas, libres de fingimiento.

Como este claustro así fueron las casas coloniales que trazadas a la manera mudejar se repitieron por tres siglos dando a Santa Fe de Bogotá ese ambiente tan propio para la meditación, la murmuración y el estudio. De aquí que, al erigir ahora en este sitio la «Casa colonial», el acierto en la escogencia de su sede haya sido perfecto, no solamente porque ese patio resurge con la plenitud arquitectónica del siglo XVIII, sino porque en adelante la vieja ciudad colonial, de

la cual queda tan poco, podrá mostrarse orgullosa de su linaje moruno y español.

Otra vez como en las viejas casas del diez y siete y del diez y ocho, los pesados muros de esa fábrica amable se decoran con las admiradas telas que salidas de los obradores criollos hicieron de Gregorio Vásquez el mejor pintor colonial de Hispanoamérica, han hecho perdurable la venerada memoria de los Figueroas y de Acero de la Cruz, de Camargo y de Gutiérrez y de tantos anónimos que con sus obras ingenuas marcaron el camino del progreso artístico colonial.

Nunca es tarde para revaluar tantos valores que despreciados a veces o sobreestimados otras, esperan mostrarse reunidos a la consideración del estudioso honrado que entenderá cómo la cultura colombiana no es expósita, ni menos huérfana, y que sobre ese basamento debemos erigir el progreso si lo queremos estable y armonioso.

La inauguración de la casa colonial señalará necesariamente uno de esos pasos definitivos, tantas veces ensayados en la historia cultural colombiana. Su establecimiento, anhelado por tantos, aparecía remoto; colecciones tan selectas como la que lleva el nombre de «Carlos Pardo» decoraban los salones de un distinguido hogar para deleite de contados visitantes extraños; la que con exquisito gusto formó también otro gran catador de arte, Pablo Argáez Valenzuela, yacía inaccesible por ausencia de su dueño que ahora, generosísimo, acaba de franquearla para recreo de la ciudad. Timbre de damas y caballeros de nuestra sociedad que saben gustar de la noble tradición ha sido, por fortuna, decorar sus salones y recámaras con tallas y lienzos, esculturas y muebles de los que hicieron el encanto de nuestros mayores; preciadas reliquias que, gracias a un comprensivo y generoso espíritu público, a un claro amor a la ciudad, han venido y vendrán a enriquecer los muros de las antiguas aulas de la Universidad Javeriana.

El edificio data del siglo XVII; diseñó su planta el insigne arquitecto jesuita Juan Bautista Coluchini y constituye el ala oriental de la gran fábrica, ahora casi desaparecida, del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús en el Nuevo Reino de Granada, y en cuyo eje se yergue la maravillosa iglesia de San Ignacio, llamada antiguamente de la Compañía y también de San Carlos, al igual de todo su circuito con el gracioso patio abierto sobre el cual da frente la fachada principal de la iglesia y que hoy está consagrado a la memoria ilustre de Rufino José Cuervo.

Sobre cimientos de cal y canto y siguiendo especificaciones análogas a las empleadas en el edificio frontero a las Aulas, que fue del Colegio Seminario de San Bartolomé, los alarifes Martín de la Cruz, Felipe de Santiago y Juan de León, alzaron las rafas de la fábrica en «mampostería y cascajones de tierra bien pisada hasta el suelo hollado y desde dicho suelo hollado, para arriba, hasta el enrace, han de ser adobes dichas rafas». Espesos muros de vara y cuarta, desafidores de frecuentes sismos, fueron encerrando el nuevo patio destinado a la Universidad.

Una real cédula de 5 de septiembre de 1620 amparó en contradictorio juicio a los jesuitas en el derecho de otorgar grados y dos años después constituyeron la Academia Javeriana reconocida en 1634 por el gobierno neogranadino y exaltada a su categoría de Universidad por breve de Clemente XI de fecha 1.º de julio de 1704, en que reconocía a la Javeriana los mismos privilegios, prerrogativas y gracias que de antaño disfrutaba la «Tomística», de los padres dominicos.

El florecimiento del instituto de los jesuitas, dependencia de su Colegio Máximo, fue en dilatado prestigio. Sus doctos catedráticos compusieron e hicieron imprimir textos especiales para el uso de la Universidad, donde los estudiantes del Colegio Seminario recibían las borlas doctorales con el mismo pintoresco ceremonial de las universidades de la Península: paseo ecuestre con el estandarte blanco y rojo de la

Universidad, música de chirimías y atabales y acompañamiento de doctores y maestros por las calles más importantes de la ciudad.

SAPIENTIA A EDIFICAVIT SIBI DOMVM, hicieron grabar los jesuitas sobre el cornisamento de la hermosa portada de almohadillados sillares. No en vano allí enseñaron los padres Juan Manuel, Diego de Medina, Francisco Sarmiento y Andrés López, Juan Antonio Varillas, Mateo Mimbella y el erudito Martínez de Ripalda, al lado de seglares como el deán Antonio Osorio que alcanzó los honores de decano de la Universidad, o Francisco Antonio Moreno y Escandón, el inolvidable fiscal, Cipriano de la Cruz, el oidor Lozano de Peralta, lector de instituta y el padre Manuel Zapata, penúltimo rector del Colegio Máximo y de la Universidad de San Francisco Javier.

Influencia y prestigio intelectual hicieron que la Universidad Javeriana ocupase el primer plano a despecho de los dominicos y de los colegiales del Mayor del Rosario, cuya Universidad fue siempre la Tomística. «Desde niño, declara el Decano Osorio en 1765, he visto que siempre ha tenido la preferencia esta Universidad en todos los actos literarios, así de oración de estudios como de conclusiones siendo los primeros y preferidos a las otras demás escuelas, sin contradicción ni réplica alguna, asistiendo a ellos todos con gran conformidad y sin reparo alguno».

Así marchaban las cosas en este soleado claustro, dominado magistralmente por la suntuosa arquitectura de la iglesia de los jesuitas, cuando un día de agosto de 1767 se acallaron las voces severas que dialogaban en latín sobre abstrusas cuestiones morales y económicas y las «Aulas de la Universidad Javeriana» guardaron desde entonces sólo el eco lejano de antiguas disputas escolares.

El 23 de setiembre de 1767 y por ante el escribano José de Roxas, los oidores Verástegui y Moreno y Escandón, en diligencia de inventarios, «Pasaron al Patio que comúnmente

se llama de las Aulas, en donde como perteneciente a la Universidad se pone por inventario lo que se sigue:

«Primeramente dicho Patio con sus pretilos de ladrillo y piedra, tres corredores en lo bajo y dos en lo alto, y en éstos cuatro puertas con sus cerraduras y abierta la primera se encontró ser una pieza con sus asientos de madera en la circunferencia y un retablo pequeño de madera sobredorado con una pintura en lienzo de Nuestra Señora de la Asunción y una Cátedra donde se actuaban los sábados actos literarios, por cuyo motivo es vulgarmente llamada de Sabatinas.

«Abierta la segunda, se encontró otra pieza igual, con tres ventanas, una mesa con su cerradura y una silla al pie de la Cátedra y encima un lienzo de Nuestra Señora; tres retratos pequeños de antiguos jurisconsultos, tres dichos, mayores, de los sujetos que han leído las Cátedras de Cánones, por ser dichas piezas destinadas para su enseñanza.

«Así mismo se abrió la puerta que le sigue a la antecedente y se halló ser la Aula de Theología, la cual tiene dos ventanas de fierro, sus asientos de madera, dos escaños, una cátedra. . .»

Y así prosiguieron por las Aulas de Filosofía hasta llegar, en el corredor de abajo, a la escuela «donde se enseña a leer, escribir y contar», después las aulas de «menores» y de «mayores» donde se custodiaba el pabellón de tafetán blanco y colorado, emblema de la Universidad. Después, en el claustro alto, los ojos ávidos recorrieron el aposento del Padre Francisco Granados prefecto de la Javeriana y quien tenía en custodia dineros y alhajas, libros de cuentas y documentos de crédito a favor del instituto. Algo más de setecientos pesos en efectivo, el sello de plata de la Universidad, la cajita de plata para recoger los votos de los examinadores; mucetas y borlas doctorales, colchas de damasco carmesí, símbolos letrados, maceros y escudos para los bedeles y cuantos elementos requería el suntuoso ritual universitario; ciento cuatro sillas, doce de ellas quiteñas, y una enriquecida de damasco morado

«en que se sienta el Rector en actos públicos», llenaban las dependencias del Prefecto, inmediatas, en el tramo alto, a la Capilla de Nuestra Señora de la Luz. Después en el aposento N.º 55 la gran librería de la Universidad, eruditísima en derecho y teología, en cánones y Sagradas Escrituras.

Pasó pues, la Universidad Javeriana de la época colonial; las Aulas y el Colegio Máximo fueron adjudicados para el servicio del Colegio Seminario a trueque de su propio edificio que fue destinado para hospicio de pordioseros y Biblioteca pública.

La capilla anexa, llamada la «Compañía chiquita», fue consagrada al servicio castrense; bella capilla escolar donde el 25 de diciembre de 1761, «Sábado, se colocó una imagen de Nuestra Señora de la Luz, de pintura, con su marco de plata», donación fastuosa del inolvidable virrey don José de Solís «a cuyas expensas, lo recuerda en su *Diario Vargas Jurado*, se costeó el camarín en que está y sale a la calle del Colegio».

Cuando los días de la nueva patria sobrevinieron, cuando los ideales de independencia y libertad conmovieron el tranquilo Nuevo Reino, las Aulas de San Carlos fueron lugar adecuado para reuniones de Colegios electorales y parlamentos públicos; en el resinto de esta Casa Colonial, planteó Nariño al pueblo bogotano la solución de una de las más agudas crisis que recuerda la historia amable de la primera república. El 23 de octubre de 1812, a las ocho de la mañana, inesperado concurso llenó las Aulas, «a saber: El Venerable Deán y Capítulo Eclesiástico; el ilustre Cabildo secular; la Serenísima Representación nacional; todos los padres de familia, que se juntaron cerca de 3.000, para tratar sobre los pliegos que mandó el Congreso desde la villa de Leiva. Se reunieron también todos los Prelados de las religiones, Curas y Capellanes de monjas, con sus Síndicos, hacendados y comerciantes. Los pliegos se reducían: que el Gobierno de Santa Fe entregase al Congreso toda la fuerza armada, pólvora y

pertrechos de guerra a disposición de Baraya, y dinero. También se leyeron varios oficios del Congreso y del Senado de Tunja, subversivos y llenos de desvergüenzas contra Santa Fe y su Presidente. En fin, hubo debates y se propuso la moción: si debía dejar el Presidente el empleo en obsequio de la pública felicidad y quietud. Se redujo a votación particular que cada uno de los individuos echara una raya sobre un papel, en la afirmativa o negativa, lo que se ejecutó con el mayor orden, entrando los votantes por una puerta y salían al patio, para evitar fraude. Había guardia de Alabarderos. Concluído que fue se encontraron todos los votos contestes sobre que siguiera en la Presidencia, no habiendo siquiera un voto en contrario. No satisfecho el Presidente con esta demostración los invitó para que si alguno no había votado lo hiciera con libertad, o que si querían que dejase el mando lo aclamasen; pero la general aclamación de todos fue que gritaron todos: «Viva nuestro Presidente Nariño!» El Sr. Canónigo Dr. D. Rafael Lasso, que fue el único que no quiso votar, se le incitó para que lo hiciera, y no habiendo obedecido, se le dijo que votara por la afirmativa o negativa o si nó, que desocupara la Provincia dentro de 24 horas. Inmediatamente que oyó el decreto se levantó de la silla y se fue (y cumplió el salir al tiempo prefijado) . . .» Bendita Patria Boba, que así acrecienta las memorias de esta Casa colonial!

En los días del «Terror» debió de dar asilo a prisioneros de guerra o a las tropas del ejército pacificador.

Una ley del congreso de 1823 destinó el edificio para sede de la Biblioteca Pública y como local adecuado para el establecimiento del Museo de Ciencias Naturales y de las cátedras de la Escuela de Minas que debían regentar los sabios extranjeros de la misión Zea. La Capilla castrense se habilitó para las reuniones de la Cámara de ese primer congreso constitucional de Colombia y habría de recoger, más tarde, el eco de las postrimeras expresiones del Libertador Presidente, cuando en 1830, sirviendo de local para la Escuela Normal

Lancasteriana, inauguró Bolívar en su resinto el «Congreso Admirable», último de la primera Colombia.

El 25 de diciembre de 1823, como pascua cultural, se abrió por primera vez la nueva Biblioteca Nacional puesta al cuidado del Colegio de San Bartolomé; al año siguiente, se comenzaron las lecciones en la Escuela de ciencias naturales y de minas. Aquí, en esta casa colonial, se oyeron las lecciones de Boussingault, de Goudet, de Rivero y de Roulín; se aquilató la ciencia de los naturalistas Céspedes, Matiz y Triana, y el museo inaugurado por Santander el 4 de julio de 1824, cobró altura de instituto en las manos sapientes de Jerónimo Torres y Joaquín Acosta y, luego de años de dispersión, fue reorganizado otra vez en este edificio en 1845.

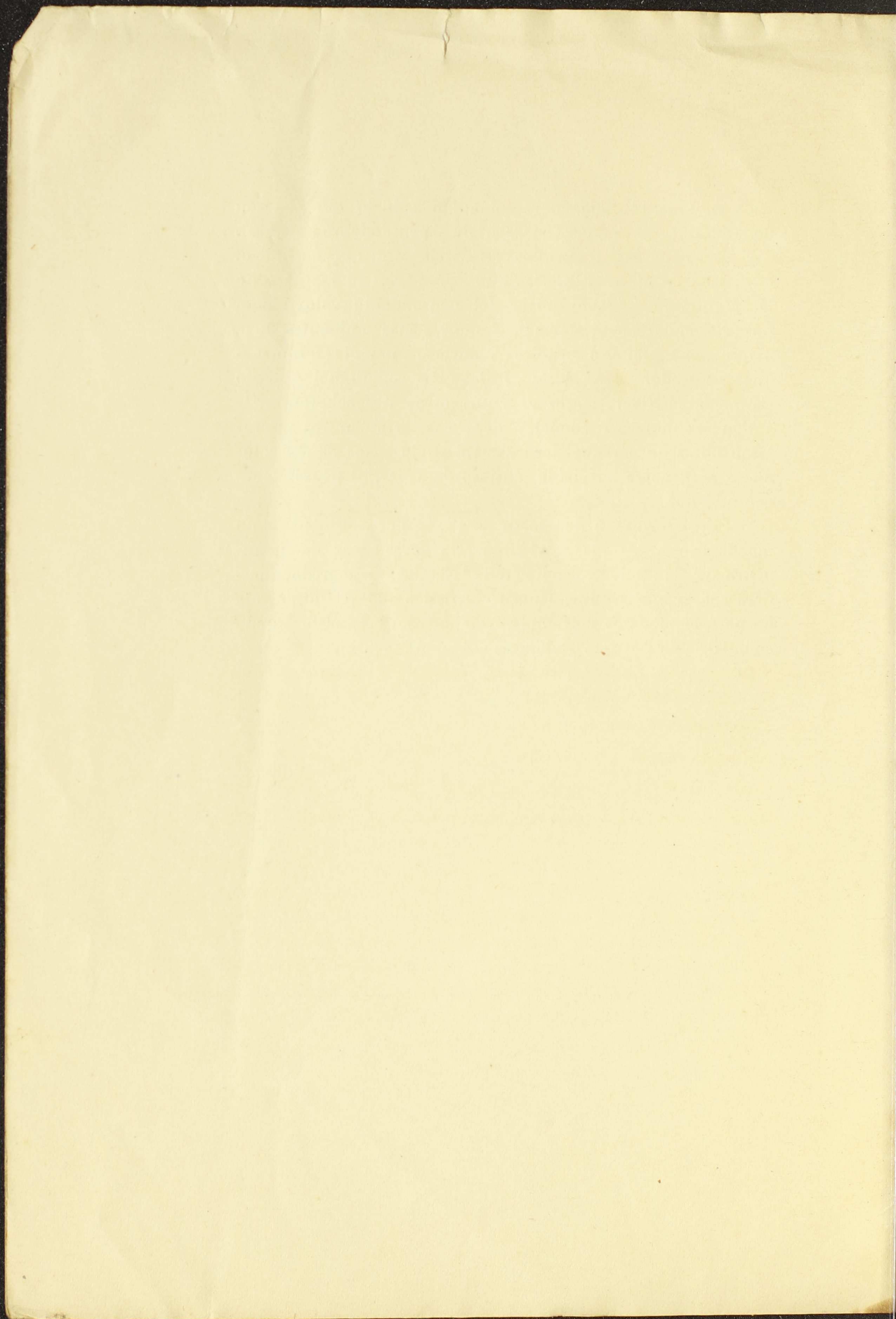
Ignoro qué bogotano, buscador del «Dorado», desalojó al Museo de su excelente local, a tal punto que durante los años de 1871 y 72, refiere el ilustre don Fidel Pombo, «los objetos que lo componían fueron amontonados en un rincón de la Biblioteca Nacional; y la hermosa sala baja en donde estaba colocado, fue convertida en escombros, con motivo de excavaciones que se practicaron en ella para buscar tesoros o santuarios ajenos a todo buen sentido y que pudieron haber alterado la solidez del edificio de la Biblioteca y la vecina Iglesia de San Carlos».

Mientras los corredores altos fueron cerrados para habilitarlos en sala de lectura y depósito de anaqueles, la trajnada Capilla recibió el título de «Salón de Grados» con que hoy se la conoce, calidad que le fue dada por la administración Herrán en 1842. Sirvió a la vez como teatro para conciertos y reuniones de todo linaje; prisión de políticos rebeldes y cámara mortuoria de hombres notables; fue decoroso salón de sesiones de la benemérita Academia Colombiana de Historia, Museo de reproducciones escultóricas clásicas, almacén de zapatos y depósito del Ministerio de Educación Nacional que heredó el histórico claustro de la Biblioteca, trasla-

dada en 1938, al holgado y espléndido edificio que el tesón del bibliotecario Samper Ortega erigió al pensamiento universal.

Durante casi tres siglos esta vieja casa, que de nuevo, despojada de obras utilitarias que cambiaron su faz pero no la aniquilaron, ha sido hogar del pensamiento colombiano, buscada con frecuencia por los hombres más eminentes de la patria, por extranjeros eruditos y curiosos, por el eterno maquetas letrado. José María Quijano Otero, Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez y tantos otros despacharon en la antigua Biblioteca Nacional y dentro de estos muros produjeron obras de perenne recordación. Bajo estos aleros coloniales acogedores ha vivido, ansioso de saber, el pensamiento colombiano.

En adelante-6 de agosto de 1942- por voluntad de un mandatario que será inolvidable y la obra eficaz de su Ministro de Educación, el edificio de las aulas, viejo arcón, guardará celoso el diseminado tesoro artístico que como derrota de perfecciones nos legó nuestro laborioso y honesto pasado colonial, sobre el que Colombia erige su porvenir.



B I B L I O G R A F I A

Archivo Histórico Nacional. Colegios, Volúmenes I y II e Instrucción Pública.

Registros de la Notaría 3.^a de Bogotá.

Archivo de los Jesuitas. Libro de la Academia Universidad de los Estudios de la Sagrada Relixión de la Compañía de Jesús.

Biblioteca de Historia Nacional. Volumen I. Diarios de Vargas Jurado y Caballero.

Codificación Nacional.

Eduardo Posada. Narraciones.

Pedro M. Ibáñez. Crónicas de Bogotá. Tomos II y IV.

Fidel Pombo. Breve guía del Museo Nacional. 1881.

